En el centenario de la Biblia de Gutenberg [1]

He aquí un bocado exquisito para un paladar que aprecie y guste la crítica textual latina bíblica ; es el tomo séptimo de la interesante colección que bajo el título de *Bonner Biblische Beitraege* dirigen los Dres. Federico Noetscher y Carlos Teodoro Schefer, ambos profesores de la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Bonn. Su autor, el Dr. Enrique Schneider, profesor numerario de la Universidad «Juan Gutenberg», de Maguncia, ofrece al lector ciento veinte páginas jugosas, densas y luminosas al par que precisas, como de alguien que al dominio de la materia une la perfecta técnica del método histórico crítico del verdadero profesor ; hoy que abunda más de lo justo el «pseudo-cienticismo», nos recrea tener que hacer esta recensión ; otros, con mucho menor contenido que valiese la pena, hubieran presentado un abultado y farragoso volumen «in folio» destinado a «épater le bourgeois».

En la obra del Dr. Schneider aparece Gutenberg al cabo de cinco siglos con su indiscutible importancia, no solamente por el conocido hecho de ser su Biblia la Edición príncipe del mundo occidental, sino también y muy principalmente por haber logrado la unidad del texto bíblico latino, y de un texto que todavía vive en la Biblia oficial de la Iglesia. Hecha la primera edición de Gutenberg entre el 1452 y el 1455, nadie le ha dedicado en su quinto centenario un trabajo tan profundo como Schneider, a base del estudio directo de manuscritos de las bibliotecas de Darmstadt, Frankfurt, Giessen, Coblenza, Maguncia, Munich, Würzburg, Londres, París y Roma.

---

(1) HEINRICH SCHNEIDER : *Der Text der Gutenbergbibel zu ihrem 500 jaehrigen Jubilaeum untersucht* (Bonner Biblische Beitraege, 7), Bonn, 1954. Peter Hanstein Verlag, 120 págs., 18 × 25 cm.

Los teólogos de la Sorbona se esforzaron en unificar el texto bíblico latino, pero su triunfo definitivo se lo deben a Gutenberg; desde la obra fundamental de H. Quentin, *Mémoire sur l'établissement du texte de la Vulgate* (París, 1922), se ha dicho y se ha repetido con excesivo simplismo que Gutenberg no hizo sino universalizar el texto de la recensión sorbónica, el texto parisiense, así, sin más; pero los entendidos (casi nadie) saben que entre los mejores testigos de ese texto parisiense y entre el texto de Gutenberg había un campo inexplorable, una selva inextricable de pequeñas diferencias de formas textuales: buscar y encontrar el camino en tal densidad cuasi-tropical, ése ha sido el propósito y creo que también el logro del autor.

Aquel texto mixto latino del siglo XII, que en París «un» corrector del siglo XIII (¿quizá Langton?) tomó e intentó «mejorar» literaria, exegética y prácticamente, fué escogido para hacer la unidad; conocida en seguida su mediocridad y aumentada ésta por correcciones sin tradición manuscrita, pronto los más avisados vieron que había que rectificar no pocas lecciones; a tal efecto vinieron los «correctorios» como es sabido, y, como es sabido también, estos intentos de purificación textual crearon de hecho mayor confusionismo; Gutenberg y sus asesores estimaron mejor mantener la unidad del texto sorbónico y así, lo que en el fondo dió al mundo el ilustre impresor fué el texto «standard» parisiense; pero concretamente ¿cuál?

Schneider se pregunta qué biblias encontró Gutenberg en la región maguntina que por tanto le pudieran servir para su edición; y aprovechando, como punto de partida, la edición benedictina crítica de la Vulgata de Roma, estudia y valora manuscritos bíblicos de los siglos XIII al XV provenientes de la ciudad y región de Maguncia, manuscritos, claro está, no cotejados en la edición benedictina. El diligente autor pasa revista detallada y metódica a cuarenta y un manuscritos que reproducen un cuadro de texto latino bíblico muy semejante al que debió de ofrecerse a Gutenberg en su tiempo, y observa atentamente las características de los mismos; con objeto de encauzar un tanto la ancha corriente de lecciones variantes, escoge tres trozos especialmente aptos para el cotejo del texto; son éstos uno de los ya clásicos de H. Quentin, *Gn.* 18, 1-19; otro Sam. 1, 1-19, de interés porque en manuscritos e impresos suele encabezar un nuevo grupo de libros históricos y

frecuentemente hasta un nuevo tomo (de biblias en varios tomos); y, finalmente, una perícopa del libro de Job (*Job*, 31, 40-32, 22) rica en variantes con relación al propósito del autor.

En el aparato crítico de estos tres trozos, a las variantes, ya registradas en la edición benedictina, de testigos representantes principalmente de las formas o recensiones hispánicas, alcuiniana, teodulfina, italiana, francesa y especialmente parisiense, Schneider añade el resultado por él obtenido del interesante cotejo de aquellos manuscritos moguntinos; los cuales, no solamente nos dan una reproducción bastante aproximada del panorama bíblico textual que se ofreció a los ojos del glorioso impresor, como dije anteriormente, sino que además representan la recensión parisiense *tal como ésta aparecía entonces en las orillas del Rin;* porque al Rin llegaron también por aquellas épocas, de los siglos XIII al XV, manuscritos del Norte de Francia y de Italia que no habían aceptado, al menos mucho, algunos casi nada, la recensión parisiense; los cuales contribuyeron a detener en cierta medida el texto de París; a esto se añadió la crítica contra sus arbitrariedades y sus novedades, con lo que resultó que hubo manuscritos de texto mixto, esto es, lo mismo de texto viejo y nuevo parisiense, que de texto parisiense y no parisiense, que manuscritos con unos libros bíblicos de un texto y con otros de texto de características diferentes; no obstante, la recensión de París, que había llegado pronto a la región renana, era la que dominaba.

Esto aparece claramente del referido cotejo a base de los tres trozos-prueba; del mismo se deduce igualmente la gran diferencia que ofrecería el aparato crítico de la edición benedictina (de Roma), si solamente se le aumentaran las diferentes lecciones de aquellos manuscritos moguntinos, y esto da idea de la anchura de la corriente de variantes textuales aún en el mismo período de unificación, intentada y en gran parte conseguida, del texto latino bíblico. Para precisar en un primer estudio en tal maremágnum la situación del texto de Gutenberg, el autor, dejando de momento a un lado los antedichos manuscritos, estudia en el aparato crítico de la edición benedictina, a lo largo de 81 capítulos seleccionados de entre los libros que van del *Génesis* a *Job*, las variantes de 34 manuscritos de los siglos VI al XIII, y descubre 249 (1) casos en los

(1) Cosa del todo infrecuente en un autor alemán: habla de 249 variantes, pero contando bien las que enumera (pág. 280), no hallo sino 247.

que el texto de Gutenberg coincide exclusivamente *con uno sólo* de esos manuscritos o *con una sola* familia textual típica; de estas 249 variantes—singulares—el grupo mayor, como era de esperar, lo constituyen 179 parisienses; hay 31 hispánicas (muy interesante; en España *nadie* lo había advertido) y pueden hallarse bastantes más siguiendo el mismo análisis en el texto de Gutenberg; hay también, entre esas 249, 10 italianas y el resto está repartido en variantes escasas de muy diversos manuscritos. Viniendo a las parisienses, es de notar que la mayoría son comunes con el manuscrito de la Sorbona Ω^{S}, manuscrito latino 15.467 de la Biblioteca Nacional de París (del año 1270), el testigo más puro del texto típico parisiense de la segunda mitad del siglo XIII; de estas 179, 63 son adicionales, 9 son omisiones, 55 cambios y 52 trasposiciones, siempre en general con la finalidad, característica de los recensores de la Universidad de París, de facilitar, aclarar, corregir o subrayar; esto basta para comprender hasta qué punto el texto de Gutenberg es en el fondo (solamente en el fondo) el texto de la recensión parisiense y precisamente en su forma clásica-standard.

Pero Schneider da un paso más para hallar lo privativo y más peculiar del texto de Gutenberg y, a través de esos mismos 81 capítulos, observa que hay 228 lecciones (de Gutenberg) completamente singulares, las cuales, en la citada edición crítica benedictina (de la Vulgata de Roma), no se hallan atestiguadas por manuscrito alguno, lo que podría hacer suponer que el primer testigo de las mismas fuera cabalmente el texto del impresor de Maguncia; y así, mientras había 179 «coincidencias especiales» con el texto sorbónico, ahora vemos que hay otras 228 variantes «tan peculiares» que a primera vista parecen totalmente exclusivas del texto de Gutenberg y por lo menos algunas de ellas lo son en realidad. De esas 228, 42 son adiciones, 25 son omisiones, 118 cambios y 43 trasposiciones, que el autor analiza a continuación con detenimiento y crítica certera. En general, son pocas las mejores y muchas las faltas que estas variantes tan singulares añaden al último y novísimo estrato del texto parisiense que ellas suponen y en general sobrepasan. Pero ¿podemos llegar a saber de dónde proceden? ¿No vendrán de algunos manuscritos? *A priori* podría suponerse que un estudio de aquellos manuscritos que antes he llamado moguntinos podría arrojar alguna luz; y ahí va el autor, el cual se impone la tarea de colacionar en algunos capítulos, más o menos, según que el manuscrito en cuestión se revele más o menos interesante, 44 ma-

nuscritos, todos menos dos del siglo XIII al siglo XV, la mayoría provenientes de la ciudad o región de Maguncia, y así llega a la conclusión de que 26 de entre ellos ofrecen coincidencias con las lecciones singulares de Gutenberg. Un estudio parcial (al autor no le interesa más) arroja que *49* de aquellas 228 variantes tan singulares se ven testificadas por manuscritos en general del siglo XIV y en especial por la Biblia de Jorge Olando, del Norte de Francia, (siglo XIV también) la cual, cotejada por Schneider en 67 capítulos, coincide hasta en 33 lecciones que de otra suerte se hubieran creído exclusivas de Gutenberg; con esa Biblia de Olando está, al menos en los libros históricos, más relacionado el texto de Gutenberg que con los mismos «testigos *príncipes*» del texto parisiense.

Pero quizá lo más interesante que demuestra el autor en su trabajo es que hay entre esas *49* variantes algunas que no están atestiguadas por mss., de puro texto parisiense, sino por manuscritos que poseen una *tradición textual de las orillas del Rin;* son principalmente estos tres manuscritos de Maguncia: El 111 del autor, o Biblia de Simón von Schoeneck (hoy en Coblenza, escrita en 1281 por un beneficiado de la Catedral para el Deán de Maguncia); el 61, o Biblia de la Fundación de San Esteban (de mediados del siglo XVI); y el 381, o Biblia del Colegio de los Jesuítas (en octavo; de los siglos XIII-XIV). Hay otras variantes, además de las que son puras erratas, que parecen exclusivas de Gutenberg; algunas quizá sean explicables como obra de los correctores, otras quizá por falsa interpretación de ciertas abreviaturas; éstas posibles y hasta muy probables confusiones en dicha interpretación, hacen pensar al autor con cierta verosimilitud que Gutenber se sirvió para su cometido de una biblia manuscrita francesa gótica del siglo XIV, en octavo, por consiguiente de letra fina y apretada y con abundantes abreviaturas.

Creo que lo más personal de las deducciones hechas por el autor a través de su estudio es que el texto de Gutenberg tiene, además del estrato fundamental parisiense, una tradición textual renana; esto era naturalmente de esperar, y de hecho los abundantes contactos del texto de Gutenberg con manuscritos renanos lo hace suponer y *a priori* lo exige ya en sí; Schneider presenta una prueba positiva de estadística de tales contactos textuales (págs. 99-100); no obstante, y aunque creo firmemente en la tesis del autor, su cotejo presentado me parece un tanto menos concluyente. En efecto, de las *49* entre las 228 variantes singularísimas antes menciona-

das de la Biblia de Gutenberg, es verdad que 18 coinciden con los tres manuscritos antes citados como típicamente renanomoguntinos (los 111, 61 y 381, o Biblia de Simón von Schoneck, de San Esteban y de los Jesuítas); esto es así, pero, si se analizan dichas coincidencias una por una, se advierte que en la mayoría de esos 18 casos, hay coincidencia asimismo con manuscritos de texto tan típicamente parisiense como la Biblia de Olando, por ejemplo; por lo que quizá cabría preguntar ¿la mayoría de esas 18 variantes singulares son, en esa misma mayoría, de tradición privativa renana, o de tradición parisiense? ¿Por qué no esto segundo? O bien, y esto es lo que supongo, la Biblia de Olando en dichos casos es más renana que parisiense. Esta aparente falta de carácter apodíctico en la conclusión de la prueba positiva es el único pequeño lunar que encuentro a este documentado trabajo.

Con tal aportación renana que parece clara, aun cuando la prueba no aparezca quizá tan tajante, digo de tradición renana en cierta medida, y teniendo en cuenta la valoración hecha doctamente por el autor de los diversos estratos y matices del texto parisiense por él investigados, se puede decir que Gutenberg imprimió y generalizó *ese texto* de la Universidad de París, texto que estaba ya en decadencia y que difícilmente hubiera conseguido la unidad planeada tan apetecida y tan necesaria; Gutenberg lo generalizó y lo hizo triunfar con una unidad antes no soñada, esto es, con la unidad estupenda de la imprenta. Las ediciones incunables sustancialmente repiten, con la excepción de una sola, la edición primera de Gutenberg; solamente las ediciones críticas del siglo XVI se alejaron más y más de ese texto común; pero nuevamente los teólogos de París obtuvieron de R. Estienne que en su edición de 1540 volviese a él; es verdad que la edición Clementina de la Vulgata de 1592 decidió abandonar el texto «moderno» parisiense; con todo y con eso conservó mucho del texto de Gutenberg, ya que fué hecha sirviendo de base la edición de Lovaina del 1583, la cual provenía de la de Estienne de 1540 y ésta, a su vez, a través de la edición de Juan Fust y Pedro Schoeffer de 1462, de la de Gutenberg; y así pasaron en 1592 a la Biblia oficial no pocas irregularidades de Gutenberg, sin ningún apoyo manuscrito e incluso contra los LXX o el TM, pequeñeces las más de las veces desde luego. La Clementina, que sigue siendo la Biblia oficial de la Iglesia Latina, conserva frecuentemente, entre otras cosas, el orden de palabras de Gutenberg contra toda tradición manuscrita, lo que prueba que el

texto del impresor de Maguncia en cierto modo vive todavía entre nosotros después de una gloriosa historia de cinco siglos.

NOTA.—En la página 93 arguye Schneider contra el glosador, a quien siguió Gutenberg, el cual, al *Rebecca impleverat hydriam* de *Gn.*, 24, 16, añadió *aqua,* y dice «quizá no sabía que *hydria* etimológicamente significa no simplemente vasija, sino vasija para agua» (Wasser-krug); pues bien, no estará de más que, a pesar del significado etimológico indiscutible, hydria en la traducción latina del Antiguo Testamento está también por vasija simplemente, sin especificación, como en *Jueces,* 7, 20 (en griego también en los versos 16 y 19), e incluso significa vasija para harina, como en 3 Ry 17, 12, 14, 16 (hydria farinae); y que hydria suele ser en general el de los LXX y éste lo es del ὑδρία equivalente latino bíblico del דַּד hebreo, el cual significa vasija a secas, para agua, para harina o para lo que sea, sin más determinación que la requerida por la materia de que se trate; paréceme, pues, menos indicado argüir al glosador de tal ignorancia.

ANTONIO GIL ULECIA

Madrid-Zaragoza, marzo de 1956.